

Ezin obeto berareneskuz alan eiña;
 Nik adoretan egun sentiko izar ederra,
 Doe guztien ichaso zabal ugaría,
 Nik adoretan zaitudaz, Ama zaitugulako,
 Nik Luziferren zarealako galgarria,
 Zerren sorreran deutzazulako burua ausi,
 Emonaz iñok emon ez deutzan lotsaria.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Ochandion, 1890-ko Abenduaren 8-an,

LA BODA DEL MENDIGO.

En otro tiempo vivía, si vida puede llamarse al pordioso, un mendigo desarrapado que contaba ochenta inviernos cumplidos.

De su cabeza había desaparecido el pelo, su barba enmarañada, larga é inculta, era blanca como la nieve, apenas si podía tenerse en pié y lo poco que andaba lo hacia encorvado y apoyándose en un baston.

Sus ojos se mostraban frios y apagados en las grandes concavidades óseas, y las manos le temblaban, presa del movimiento nervioso, sin que le fuera posible coger ni retener nada en ellas. Cubria sus harapos con una vieja capa compuesta de sin número de retazos de distintos colores y cuyos girones certificaban la posicion social de su dueño.

Este miserable octogenario habitaba una cueva en la falda de la montaña sin más ajuar que un puñado de paja, una jarra y una escudilla.

A corta distancia de la cueva, se veía una mala choza construida toscamente con tierra, troncos y ramas de árboles, y en ella moraba una viejísima mendiga, decrepita y sucia, y que al decir de las gentes de la aldea, tenia más de cien años.

Su boca, huérfana de dientes y muelas, ofrecía las encías gastadas,

los dedos parecían garras, las mejillas surcadas de grandes arrugas daban á la piel de la cara el aspecto de un pergamino; sus ojos eran dos agujeros cavernosos por los cuales apenas si entraba un resquicio de luz; sorda por la acción del tiempo, los fuertes estampidos de los disparos de la pólvora y el sonido de las campanas lanzadas á vuelo no herían su aparato auditivo: y hablaba muy poco y con palabras vacías de sentido.

Desde años atrás ayudábase para andar con báculos, pues sus piernas, paralizadas por el largo período de quietud en que yacían, se negaban á ponerse en marcha.

Usaba desusados guñapos que mal cubrían sus enjutas carnes y pedía limosna en el crucero de los caminos ó ante la puerta de las viviendas de los próximos pueblecillos.

Indiferentes el uno para el otro, vivieron tan cerca muchísimos años ambos mendigos sin caer en la cuenta de que la comun desgracia era un aliciente para reunirlos.

Una deliciosa tarde de primavera se arrastraron estos dos desdichados seres hasta el pié del mismo árbol á que los rayos solares vivificaran sus ateridos miembros, y alegres y contentos cual los insectos que vuelven á la vida tras de un largo letargo, se miraron por primera vez.

Apolo hizo el milagro de remover algunas chispas en las cenizas casi apagadas del corazón de los dos viejos.

Poseído de repentino entusiasmo amoroso quiso él depositar un casto beso en la arrugada frente de la anciana, pero la cabeza de esta que involuntariamente oscilaba con ese movimiento propio de la senectud, no se colocaba en el camino de los labios del mendigo, y cuantas veces éste, todo tembloroso, intentaba cumplir su respetuoso deseo, otras tantas le veía defraudado.

Atribuyó la causa al pudor, mas ella desesperábase de no poder contra su voluntad acceder á los trasportes de cariño de su compañero de miseria.

Algo murmuró entre encías la centenaria, que no debió comprender el anciano.

Pero éste, en el paroxismo de su pasión, exclamó:

—Tierna Hero, yo seré tu Leandro—á lo que la vieja replicó:

—Antes de nuestro feliz encuentro bajo este árbol, frío glacial embargaba mi cuerpo, mi vida era una noche eterna, mas ahora yo soy Venus y tú eres Adonis.

El amor, en estos dos pobres séres, hablaba el mismo lenguaje apasionado que el de dos jóvenes amantes, porque Cupido, que reina en el hombre, no le abandona desde la cuna á la tumba.

Tan virtuosos mendigos, no queriendo en las postrimerías de su vida ser indignos el uno del otro, acordaron bajo juramento casarse el primer dia festivo.

La noticia de esta boda se propagó de monte en valle, de aldea en villa á veinte leguas á la redonda, y muy especialmente entre la numerosa poblacion de mendigos del contorno.

El dia señalado cojos, ciegos, mancos, leprosos, sordos y mudos se reunieron para asistir á la fiesta.

El novió llegó hasta el altar de la venerada ermita, empujado y sostenido al propio tiempo por los brazos de dos cojos que le llevaban en medio. La novia fué conducida entre dos ciegas á quienes, á pesar de duplicarlas la edad, las dejaba constantemente detrás, sin duda como una demostracion de que el amor es ciego.

El cura de la aldea inmediata á quien aquel pueblo mendicante habia suplicado la asistencia, y que por rara casualidad se hallaba tambien lisiado, los casó con un viejo anillo de cortina en señal de arras. La desposada era tan vieja, que no pudo encontrar un ascendiente que la sirviese de padrino.

Terminada la ceremonia, aquella extraña multitud prorrumpió en gritos de entusiasmo y manifestaciones de alegría que contrastaban singularmente con su miseria. Hubo dicharachos y bromas para los recién casados, y un manco guason se comprometió á prohijar todos los hijos del nuevo matrimonio.

El banquete de boda dió comienzo en una pradera junto á la ermita, concurriendo á él toda la nata y flor del pueblo mendigo. El menú se componía de buena porcion de huesos recogidos en las calles, de zanahorias, hojas de berza y otras hortalizas marchitas sustraidas de las cajas de basura, alguna ave ó cuadrúpedo desenterrado y restos de comestibles cazados de aquí y de allí, y sin embargo toda aquella gente hacia honor á tan repugnante festin capaz de producir náuseas en el estómago más fuerte.

Un alma caritativa, compadecida de la horrible miseria, el cura lisiado, les envió un manjar, para ellos de los dioses, consistente en unas cuantas libras de pan moreno, alguna patata y una cántara de abocado peleon.

Un hurra que produjo el generoso donativo repercutió de monte en monte, y aquellos representantes del hambre se lanzaron sobre el pan como fieras.

Al poco rato yacían la mayor parte por el suelo borrachos perdidos, y los novios, queriendo dar el ejemplo se excedieron en términos que quedaron también tendidos en el campo.

Los que conservaron sano el espíritu quisieron cantar y bailar, é improvisaron una orquesta con llaves, cadenas, báculos, cencerros y cuantos objetos hallaron á mano, produciendo un estrépito infernal al que se unía la destemplada voz de tanto pordiosero. Hubo cojos que bailaron y sordos que desgañitaron sus gargantas, pero el espectáculo fué de los que no se ven con frecuencia en la vida.

El jaleo y la algazara de aquella pobre gente que al día siguiente tenía que continuar su calvario de miseria, no terminó hasta muy entrada la noche, en que en hombros tuvieron que conducir al viejo matrimonio á la choza de la desposada, en la que inertes como dos troncos arrojaron sobre la paja á los dos mendigos.

A la mañana siguiente había enterrados dos cadáveres más en el cementerio del pueblo.

ALFREDO DE LAFFITE.

